

# SOBRE LA ASIMETRÍA EXISTENTE ENTRE LA DINÁMICA DE LA VIOLENCIA Y LA DINÁMICA DE LA PAZ UTILIZANDO COMO EJEMPLO LAS GUERRAS CIVILES\*

Peter WALDMANN

*Catedrático de Sociología  
Universidad de Augsburg  
Alemania*

**Resumen:** Las guerras civiles representan un ejemplo particularmente elocuente de la superioridad dinámica inherente a los procesos de orientación bélica frente a los de orientación pacífica. Las posibilidades de generalizarse y perpetuarse en el tiempo y la penetración social de los fenómenos rivalizantes parece confirmar la tesis de la superioridad estructural de los procesos violentos sobre los de pacificación.

**Laburpena:** Gerrate zibilak, guda prozesuek bake prozesuen aurrean duten gain dinamikaren benetako adibide bezala agertzen dira. Denboran zehar orokortzeko eta irauteko posibilitateak eta aurkako fenomenoek gizarteratzeak, badirudi indarkeriazko prozesuek bake prozesuen aurrean duten nagusitasunaz hitzegiten duten tesiak baieztatzen dituztela.

**Résumé:** Les guerres civiles sont un exemple très éloquent de la supériorité dynamique inhérente des processus d'orientation de guerre face à ceux d'orientation pacifique. Les possibilités de généralisation et perpétuation dans le temps et la pénétration sociale des phénomènes rivalisants semble confirmer la thèse de la supériorité structurale des processus violents sur ceux de pacification.

**Summary:** Civil wars are a very eloquent example of the dynamic superiority inherent to the warlike orientation's process opposite to those with a peaceful orientation. The possibilities of escalating and to be perpetuated, and the social implantation of the rival phenomenon seems to confirm the idea of the structural superiority of violent process above those of peaceful process.

**Palabras clave:** Guerras civiles, violencia, paz, seguridad, pacificación.

**Hitzik garrantzizkoenak:** Gerrate zibilak, indarkeria, bakea, segurtasuna, bake prozesua.

**Mots clef:** Guerres civiles, violence, paix, sécurité, pacification.

**Key words:** Civil wars, violence, peace, security, peaceful.

---

\* Traducción del alemán: Monique DELACRE.

Se considera que las guerras civiles –el tipo de guerra dominante desde la II Guerra Mundial– son particularmente rigurosas, crueles y difíciles de acabar mediante negociaciones. Como lo demuestra la estadística bélica, de las guerras emprendidas entre 1940 y 1990, el 55 % de las que fueron entre estados concluyeron mediante un tratado de paz, pero de las guerras civiles sólo el 22% terminó así. La mayoría de estas últimas acabaron por la capitulación del enemigo, su aniquilación o su expulsión. Más inquietante es aún el hecho de que la mayor parte de las soluciones negociadas (a diferencia de las guerras resueltas por la victoria o la derrota) no duraron mucho, ya que los partidos beligerantes volvieron a empuñar las armas al poco tiempo. Por consiguiente, las guerras civiles representan un ejemplo particularmente elocuente de lo que llamaremos la superioridad de la dinámica inherente y del potencial de eficacia de los procesos de orientación bélica frente a los de orientación pacífica.

Nuestra tesis general se puede dividir en tres tesis parciales, las cuales están relacionadas con las posibilidades de generalizarse y de perpetuarse en el tiempo, y con la fuerza de penetración social de los procesos rivalizantes.

## **EL DILEMA DE LA SEGURIDAD O DE LA GENERALIZACIÓN**

Así como existe una relación asimétrica entre desconfianza y confianza, también hay una asimetría entre la inclinación a la violencia y la voluntad de paz o la predisposición a ella. Cuando en un grupo sólo pocos o, en el caso extremo, un único individuo declara que la violencia es el recurso clave para distribuir el poder, a los demás les sirve de poco manifestar su voluntad de negociar pacíficamente el conflicto; finalmente sólo les queda la posibilidad de aceptar sus reglas de juego, es decir, de combatir con violencia la pretensión de poderío del violento. Para que un orden basado en el consenso funcione, tienen que estar de acuerdo todos los participantes; en cambio, para imponer la ley del más fuerte son suficientes unos pocos.

Dentro del marco de la ciencia bélica, esta problemática se denomina “dilema de seguridad”. Este término, que originalmente se creó para los conflictos entre estados, es aplicado actualmente de manera creciente a las guerras internas. La esencia del dilema consiste en que con las medidas que un grupo o partido adopta para defenderse, casi forzosamente se consigue lo contrario de la finalidad propuesta. Es decir que, en lugar de asegurar la paz, el conflicto se agrava hasta romper abiertamente.

Supongamos, por ejemplo, que en África se derrumbe un estado, cuyo gobierno garantizaba un equilibrio y una justicia que permitían a varios grupos étnicos convivir pacíficamente. ¿Hasta qué punto pueden confiar los unos en que los otros estén dispuestos a mantener el status quo de la distribución del poder?, ¿no sería probable que uno de los grupos, aprovechando la situación, cayera sorpresivamente sobre los otros, los destruyera o se apoderara de los restos del aparato estatal para establecer una hegemonía permanente? Siendo demasiado grande el riesgo de ser dominados y diezmados en el caso de adoptar una actitud confiante, a cada grupo no le resta otra posibilidad que la de prever una capacidad de autodefensa mínima. Las medidas correspondientes necesarias, por supuesto suscitarán en los demás la sospecha de que el que las toma tiene intenciones ofensivas. Así nace un ambiente de desconfianza que induce al rearme y que con cualquier pretexto puede convertirse en un conflicto abierto.

El mismo dilema se produce al final de una guerra civil, cuando los partidos en conflicto deben entregar sus armas (véase el comportamiento actual del IRA). Nuevamente, cada uno de ellos tiene que preguntarse cuál será su destino si el otro no cumple con el arreglo. Es la misma lógica, como lo ha demostrado J. Helbing, que lleva en Brasil a los Yanomani a emprender guerras de mutuo exterminio y que en el dilema de los prisioneros impide que ambos prisioneros elijan la solución (que implica la confianza recíproca) con la cual los dos ganarían más.

En resumidas cuentas: la violencia se propaga sola, es “contagiosa”, mientras que para la paz es preciso crear una base común de confianza y de transición, que en cualquier momento puede ser cuestionada.

## **EL DILEMA DE LA PERPETUACIÓN**

En la cuestión relativa a la perpetuación se trata de la inclusión del eje del tiempo en la problemática de la violencia o en la de la paz. Se ha hablado con frecuencia de la dinámica propia de la violencia sin que nunca se haya explicado claramente lo que es. Si se pasa revista a los conflictos bélicos, nos encontramos con dos tipos de esquemas de comportamiento que se prestan a perpetuar en el tiempo la violencia una vez desatada.

El primer esquema de comportamiento es el principio de la represalia o venganza. Puede entrar en acción espontáneamente, sin deliberación, o estar ubicado dentro de una estrategia de largo plazo. De todas maneras, como ha sido demostrado en numerosas investigaciones antropológicas, la violencia, salvo en el caso de una extrema inferioridad, produce compulsivamente una secuela de acciones violentas. Debido a la secular adoctrinación por parte del estado de que recurrir físicamente a la justicia por cuenta propia es condenable, nosotros, los europeos occidentales, nos hemos acostumbrado a considerar que las acciones vengativas y expiatorias representan un comportamiento arcaico, es decir, patológico y anormal. Sin embargo, si estudiamos más de cerca los actuales conflictos violentos, nos encontramos frecuentemente con la increíble fuerza motivadora de la “ley del Talión”, del “ojo por ojo, diente por diente”. Esto se puede decir tanto de la relación entre las organizaciones rebeldes con las fuerzas de seguridad (¿no ha habido acaso en Alemania un grupo terrorista que se presentó con el lema “Venganza por Holger Meins”?), como de los conflictos ‘horizontales’, es decir, entre los partidos de los civiles en guerra. Según el tipo de tradición cultural y de ideología, la acción motivada por la idea de la venganza puede estar ligada a un código de honor específico, a mitos de víctimas o a conceptos de equilibrio social.

Esta argumentación resulta secundaria en última instancia, pero en la noción de venganza se refleja uno de los más elementales principios del comportamiento social y del derecho: el principio de reciprocidad.

El otro esquema que contribuye a la autorreproducción de la violencia depende de su afinidad con los intereses materiales. Ya existen numerosas pruebas de que la violencia que escapa al control del poder político se pone preferentemente al servicio de la subsistencia material y del enriquecimiento económico. G. Elwert ha hablado de mercados de violencia, L. Rufin ha destacado los rasgos básicos de una economía de

guerra civil y, como se desprende de la prensa y de informes científicos, en algunas regiones subdesarrolladas se produce un renacimiento de la figura del ‘warlord’ (señor de la guerra) –personaje documentado por primera vez en la China de los años 20– es decir de un déspota local que vive de la guerra. La conexión de intereses económicos con prácticas violentas, que sirven para imponerlos, es tenaz; una vez efectuada, da pruebas de longevidad. Puede sobrevivir a los tratados de paz oficiales, socavarlos y contrarrestarlos.

Los modelos de comportamiento que otorgan durabilidad al ejercicio de la violencia dicen mucho de la manera específica de actuar de este recurso de poder. Del otro lado, del de la paz, es inútil buscar algo que corresponda a la dinámica propia que desarrollan los procesos violentos. Las negociaciones para la paz no producen secuelas forzosas, se pueden interrumpir en cualquier momento o colapsar, si alguno de los participantes las abandona, para reanudar las actividades bélicas. Si bien W. Zartman ha introducido el concepto del “momento maduro”, que sugiere que, a partir de cierto punto, las negociaciones avanzan más fácilmente y casi de manera automática, se justifica la objeción de que el término metafórico “maduro” encubre el simple hecho de que los diferentes actores del conflicto, al sopesar de manera racional las ventajas y las desventajas, prefieren continuar con las negociaciones. Que la población esté extenuada por la guerra, que terceras potencias y la opinión pública insten a que las negociaciones para lograr la paz lleguen a un término feliz tiene seguramente su importancia, pero todo ello no produce una dinámica pacífica propia. La paz no se puede concebir como medio o instrumento para conseguir un fin superior (como sirve la violencia de instrumento para subsistir o enriquecerse), sino que es una finalidad en sí. El hecho de que los actores relevantes aspiren a alcanzar esta meta depende finalmente de su propio juicio y es una decisión autónoma. La paz vive del consenso intencionado y consciente de los participantes; se trata de una construcción precaria que puede volver a romperse en cualquier instante si alguno de los principales actores abandona el consenso.

## EL DILEMA DE LA PENETRACIÓN

Quien estudie las sociedades que se encuentran en guerra civil queda atónito ante la velocidad y la consecuencia con que la violencia desligada del control político se propaga por las diferentes capas y segmentos de una sociedad. Claro está que hay que diferenciar. Irlanda del Norte no se puede comparar con Yugoslavia o el Congo y, a pesar de ello, en Ulster la violencia también se ha convertido en un modelo eficaz para imponer intereses que van más allá del estricto ámbito político. Sobre todo en las fases periódicas del armisticio entre los dos grupos confesionales, se ha podido comprobar con qué intensidad sus relaciones y sus estructuras sociales *internas* estaban marcadas por la coacción. El empleo de la violencia con objetivos criminales individuales, sea en el deporte, dentro de la familia o para dirimir querellas particulares, todos estos modos de aplicación demuestran la enorme fuerza difusiva propia de la violencia cuando no se restringe y controla estrictamente su utilización.

Desgraciadamente, no existe en los procesos de paz una fuerza inherente expansiva que se le pueda comparar. Es como si sólo fueran capaces de obligar a seguir adelante a los que ya se han embarcado y comprometido en ellos. Cuando una guerra civil

comienza, por lo general se forman espontáneamente milicias: grupos de hombres jóvenes que, alistados por dudosos caudillos, con frecuencia están impacientes por luchar y medirse con los adversarios. ¿Pero quién ha oído hablar de grupos y comunidades procedentes de los partidos en lidia que, al comienzo de los tratados por la paz, se hayan formado espontáneamente para dar en pequeña escala el ejemplo de convivencia pacífica? Lo típico es que, una vez el tratado de paz concluido, dentro de cada uno de los partidos haya que recurrir a medidas compulsivas, es decir, a la violencia, para imponerlo y hacerlo aceptar en general. Se dice también que para las perspectivas de éxito de las negociaciones de paz es favorable el que los diversos partidos en conflicto estén bien organizados jerárquicamente y que los cuadros dirigentes ejerzan un control estricto sobre los miembros y las diferentes suborganizaciones; o sea, que para la estructura interna de las asociaciones en conflicto lo decisivo sea el principio del poder y no el del consenso.

La prueba más deprimente de la superior capacidad de penetración que posee la violencia, comparada con los esfuerzos para alcanzar la paz, la constituyen las sociedades tras la finalización oficial de la guerra civil. Como ejemplo se brinda El Salvador, el pequeño país centroamericano donde al finalizar la década de los 80, tras una larga lucha sangrienta y años de tenaces negociaciones, se llegó a firmar un tratado de paz. El Salvador fue considerado durante mucho tiempo como caso ejemplar para demostrar que una cruenta guerra civil también puede acabar sin más derramamiento de sangre, es decir, mediante un compromiso negociado. Si bien este compromiso puso fin al conflicto *político*, no pudo parar el automatismo de la violencia, que ha seguido funcionando. Con el resultado de que en la actualidad, bajo el signo de una violencia que ya no es política sino criminal, se mate a más gente que durante la fase más dura de la guerra civil, más aún que en Colombia, que hasta hace poco tenía el triste record de asesinatos dentro de América Latina.

## CONCLUSIÓN

¿Cuál es la consecuencia de nuestra tesis acerca de la superioridad estructural de los procesos violentos sobre la de los de pacificación? Se pueden sacar dos conclusiones: una es ya antigua y dice en su esencia que frente a la irreprimible dinámica inherente de la violencia, el instrumento más eficiente para combatirla sólo puede ser a su vez la violencia: una contraviolencia extremadamente superior (caso en el cual el proceso concluye rápidamente) o al menos equivalente (condiciones en las que puede durar mucho). Esto no significa que los esfuerzos o las negociaciones para lograr la paz sean inútiles de antemano. Nuestro comentario sólo ha querido poner en claro que las suposiciones optimistas de los grupos u organizaciones pacifistas, caracterizadas más por deseos normativos que por un análisis desprejuiciado de los hechos, no siempre tienen éxito y que este éxito puede ser sumamente dudoso, ya que no es raro que sea substituido por un nuevo estallido de las hostilidades. Por falta de una dinámica propia, los procesos y los tratados de paz exigen proporcionadamente más juicio, discernimiento y capacidad de riesgo por parte de los partidos en conflicto que participan en ellos. Paradójicamente, más que tibias negociaciones, es el mismo conflicto el que produce estas disposiciones de ánimo.

**BIBLIOGRAFÍA CITADA**

- ELWERT, Georg: Markets of Violence, en: Sociologicus 1999, fascículo adjunto 1, pp. 85-102.
- HELBLING, Jörg: Kriegs und Frieden in Stammesgesellschaften oder "Die Aktualität von Mr. Hobbes", manuscrito, Zurich 1999.
- RUFIN, Jean Christoph: Kriegswirtschaft in internen Konflikten, en: F. Jean y J.C. Rufin (Comp.): Ökonomie der Bürgerkriege, Hamburgo 1998, pp. 15-46.
- ZARTMANN, William: Ripe for Solution. Conflict and Intervention in Africa, Nueva York/Oxford 1985.